

Leg 5º Jaqueta 1º — no 8 ~~p 9~~

351

La Razon y la Revelacion.

DISCURSO

SOBRE

LA CONCORDIA ENTRE LA RAZON Y LA REVELACION,

PRONUNCIADO

POR D. GREGORIO MONTES,

PREDICADOR DE NÚMERO DE S. M.,

en el acto de recibir la solemne investidura de Doctor
en Teología en la Universidad Central.



MADRID:

IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. E. AGUADO.—PONTEJOS, 8.

1859.

UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0351

U/Bc LEG 5-1 n°351

HTCA



10000277458

DISCURSO

LA CONCORDIA ENTRE LA RAZÓN Y LA REVELACIÓN.

POR D. GREGORIO MONTES.

EDICIÓN DE NUEVO DE S. M.

en el acto de recibir la solemnidad de Doctor
en Teología en la Universidad Central.



MADRID:

IMPRESA Y LIBRERÍA DE D. E. AGUIRRE—POTEROS, 8.

1858.

Excmo. é Ilmo. Señor.

EL convencimiento íntimo de mi incapacidad é insuficiencia, me está acusando y reprendiendo mi osadía y temeridad, de ocupar un lugar donde ha resonado la voz imponente de tantos genios que han descollado por sus vastos conocimientos en el variado y ameno campo de las ciencias. Ni aun á mí mismo puedo explicarme la razon del por qué me encuentro ante una asamblea de sábios tan respetables, en medio de una concurrencia tan escojida é ilustrada, que ha tenido la dignacion de dispensarme el inmerecido honor de presenciar mi admision en el número de los dignisimos doctores que constituyen el claustro de esta Universidad Central. Todo lo que me rodea, me afecta profundamente: la presencia de tantos maestros consumados en los diversos ramos del saber; la asistencia de un audi-

torio compuesto en gran parte de amigos que han venido á interesarse en esta solemne ceremonia; el grave y severo aspecto de este alcazar de la sabiduría, de este templo de Minerva, de este augusto salon de grados académicos, confieso que todo esto me impone sobre manera, y me hace palpitar de temor y desconfianza.

Por lo mismo, Señores, espero me hareis la justicia de no creer que, satisfecho de mí mismo y confiado en mis fuerzas, que son muy débiles, y en mis conocimientos, en verdad muy escasos, me lance á recojer una aureola, el premio de la ciencia, lleno de presuncion y de esperanzas. No; mis esperanzas no pueden tener otro fundamento que vuestra indulgencia; esa indulgencia benévola que nunca reconoce el necio y el ignorante, y que es el patrimonio del saber, como hija legítima de la ilustracion verdadera. Esa indulgencia del sábio me anima por una parte, y me alienta por otra el interés del asunto que mi desautorizada voz va á esponder á la alta consideracion de V. E. desde esta tribuna, reservada al magisterio. Es un deber imprescindible que tengo que cumplir, segun costumbre inveterada, y muy loable por cierto, que los candidatos al doctorado no reciban tan honorífica investidura sin pronunciar en el acto, sobre un punto

análogo á su facultad, una oracion académica que venga á coronar sus ejercicios literarios.

Entre varios, me ha parecido muy oportuno y digno de ocupar la atencion de un claustro tan sabio, de una asamblea tan ilustrada, el defender los fueros de la revelacion divina y positiva contra los que, á espensas suyas, pretenden enaltecer mas de lo justo los derechos de la razon natural. Pálido é incoloro podrá parecer á algunos este punto, si lo comparan con otras cuestiones que miren acaso como de mayor interés actual. Mas por ventura, en cualquier tiempo en que este punto se discuta, ¿no será siempre de actualidad, y del mayor interés? ¿Puede haber nada mas interesante que la religion revelada por Dios, que la defensa de su Iglesia, depositaria de esta religion revelada? Cuando una turba de espíritus presuntuosos, abrogándose injustamente el título de filósofos, y gloriándose de rendir adoraciones al ídolo de la razon, ante cuyas aras todo creen debe sacrificarse, arrojan con la mas cínica osadía en cara á la Iglesia católica la grosera calumnia de proponer unos dogmas contrarios á la razon, y la imputan la negra y odiosa nota de oscurantismo, es de un interés vital, y propiamente de actualidad, el vindicarla de tan injustas y falsas imputaciones. Ya que no pueda contribuir al

decoro y ornato del tabernáculo como los antiguos Israelitas con el oro, la plata, las sedas y piedras preciosas, cooperaré, como la viuda del Evangelio, con el óbolo de mis escasas luces á sostener, que «la revelacion divina y positiva no es un contrasentido de la razon natural, ni se opone á su desarrollo progresivo y científico.» Quisiera, Excmo. é Ilmo. Señor, poder satisfacer cumplidamente la atencion de V. E., y aducir las pruebas de mi tesis con la lucidez y elocuencia que se acostumbra en este santuario de la ciencia. Intentaré nada mas que hacer algunas ligeras indicaciones, contando siempre con su benévola indulgencia.

Como la claridad y el orden son requisitos indispensables en la dilucidacion de una cuestion, cualquiera sea esta, es necesario esponer previamente la verdadera inteligencia y precision de los términos del punto sobre que se cuestiona. Asi, antes de entrar de lleno en la exhibicion de las pruebas, es muy conducente fijar el verdadero sentido en que debe entenderse lo que decimos *razon natural*, y lo que llamamos *revelacion divina y positiva*, ó fe sobrenatural. Por *razon natural*, tomada en su significacion lata y universal, entendemos aquella luz que, emanando del que es la luz verdadera, está como sellada en nuestra alma, segun la idea que de

ella nos da la Escritura santa; esa facultad natural, esencial del hombre como sér inteligente, por la cual conoce la verdad, y puede juzgar de ella, en cuanto está contenida dentro de los límites de la naturaleza. Por *fe sobrenatural* entendemos un firme asenso del entendimiento, imperado por la voluntad, que el hombre, prevenido y sostenido por la gracia con un acto sobrenatural, presta á las verdades reveladas, por la autoridad de Dios mismo que las revela. Estas nociones generales, simplemente enunciadas, nos deslindan los límites de la razón y de la fe; lo que es propio y peculiar de la una, y lo que pertenece al dominio de la otra. La razón por sí sola, por sus propias fuerzas, nunca puede traslmitar la esfera de la verdad en el orden de la naturaleza. La fe eleva al hombre á las regiones espaciales de lo infinito, de lo inmenso, de lo eterno, y le hace conocer unas verdades de un orden mas sublime, de las que jamás hubiera tenido la mas remota idea si Dios no las hubiera revelado, ni hiciera reflejar sobre su mente los rayos luminosos de esa luz sobrenatural, que le descubre nuevos y desconocidos horizontes. A favor de ese faro refulgente el hombre se remonta hasta donde no pueden llegar las luces de la razón, por brillantes y copiosas que sean; se eleva sobre el orden de la naturaleza, trasciende mas allá de

las nubes, penetra los cielos, percibe las cosas divinas cual si fuesen del dominio de los sentidos, y se une firmemente á la verdad inmutable y eterna.

Son, pues, la razon y la fe dos rayos que proceden de una misma luz indefectible, que es Dios; dos arroyos que brotan de una misma fuente inagotable: pero dos rayos que iluminan distintos horizontes; dos arroyos que riegan distintos hemisferios. La razon, débil, triste y opaca como la luz de la luna, solo ilumina el circunscrito y limitado horizonte del orden de la naturaleza, y aun esto no pocas veces con una luz incierta y vacilante. La fe, robusta, clara, brillante como la luz del astro del dia, alumbra ese hemisferio del orden sobrenatural, que no reconoce otros limites que los de su divino Autor. Sin embargo, por débiles que sean las luces de la razon, aunque circunscrita á ciertos limites, no solo propende por el peso de su propia naturaleza á lo verdadero, sino que puede conocer con certidumbre la verdad. En esto están conformes el género humano, la filosofía y el catolicismo; porque si bien este reconoce en el hombre una grande alteracion, ya respecto de las fuerzas del cuerpo, ya de las facultades del alma, la entiende, no en un sentido absoluto sino relativo, en orden á los do-

nes gratuitos y sobrenaturales con que Dios le enriqueciera en su creación; mas los dones esenciales á la humana naturaleza, confiesa permanecieron íntegros, algo vulnerados, pero no totalmente estinguidos.

Supuestos estos principios, llega el día feliz en que los pueblos, hasta entonces sentados en las tinieblas, se ven deslumbrados por la luz esplendente de la revelación; la fe cristiana es anunciada hasta los confines de la tierra; sus dogmas revelados, su doctrina pura y sublime, no pueden menos de llamar la atención general; y como era muy natural, la razón humana, que ya se habia elevado á un alto grado de cultura é ilustración por las doctrinas de las escuelas filosóficas, atónita al oír unas ideas que no habian emitido nunca los sabios mas famosos de la antigüedad, un lenguaje que jamás resonara en el Pórtico, ni en el Liceo, ni en las Academias de Grecia y de Roma, no puede menos de tratar de inquirir qué clase de conocimientos tan nuevos traía al mundo de los sabios y de los ignorantes el Evangelio, supuesto que no solo se anunciaban á las escuelas de los filósofos, sino tambien á la masa inmensa de los pueblos; qué era lo que exigía de la razón, y cómo podrian conciliarse con los dogmas de la fe aquellos principios que ella habia adquirido

por solas sus luces naturales. Segun el sesgo y el rumbo que se dió á este examen indagatorio, produjo sus efectos. Los que, deponiendo sus antiguas preocupaciones, se dejaron conducir de las luces de la recta razon, desde luego encontraron la verdad de aquellos dogmas revelados, conocieron las grandes ventajas que la misma razon reportaba de la fe, y consagraron á la defensa de la religion cristiana sus ingenios, sus talentos, y la misma doctrina que habian aprendido de los libros de los filósofos. Tales fueron Clemente Alejandrino, Justino, Atenágoras, Cuadrato, Arnobio, Minucio Felix y otros muchos, que versadísimos en todos los sistemas y doctrinas de la filosofía, vinieron á ser los mas sabios apologistas de la revelacion. Por el contrario, los que llenos de hinchazon y de soberbia permanecieron degradados esclavos de sus envejecidas preocupaciones, é idólatras de la razon, miraron como una bajeza ignominiosa cautivarla en obsequio de Jesucristo, de su fe y de su doctrina, se valieron de las armas de la misma razon imbuida en la antigua filosofía, para hacer la guerra y combatir la revelacion divina. De aquí tuvo su origen el gnosticismo, fuente de tantos sistemas impíos, del maniqueismo en Saturnino, Basilides, Bardesanes, Marcion, Manes y otros delirantes; del panteismo en Apeles, Valenti-

no, Carpócrates, Epifanio. De aquí surgió el neoplatonismo de Alejandría, que absorbió y reunió la filosofía pitagórica, platónica, aristotélica y oriental, para hacer frente y poner un dique á los progresos siempre crecientes de la fe católica, cuyos mas acérrimos é ilustrados impugnadores fueron los Porfirios, los Hierocles y los Julianos. Igual tendencia tuvieron las heregías de los subsiguientes siglos, la arriana, la nestoriana, la eutiquiana, la pelagiana, y otras semejantes. En los siglos de la edad media no tuvieron otro objeto las diversas sectas fanáticas é inmorales, oriundas del gnosticismo y del maniqueismo, las de los cátaros, albigenses, lolardos, beguardos, taboritas, y otros que echaban por tierra los misterios del cristianismo, y sustituían al principio de la fe la libre investigación individual. ¿Qué era todo esto sino el progreso y el término mas adelantado de la tendencia racionalista?

Así, desde el principio del cristianismo se viene agitando la gran controversia entre la razón y la revelación; pero nunca se agitó con mas calor que desde el siglo XVI, en que apareció el protestantismo, foco y origen de tantas sectas, de tantos sistemas filosóficos, y tan contrarios, que han producido una verdadera Babel, donde ya no pueden enten-

derse los unos á los otros; y de tal modo han conmovido los sólidos cimientos en que descansaba la sociedad cristiana, que ni saben siquiera dónde fijar el pie con seguridad. Si nos remontamos á los principios de la Reforma, encontramos á sus corifeos, adalides tan exagerados de la fe como injustos depresores de la razon natural; partidarios tan fanáticos é intolerantes de la revelacion, que llegaron á enervar hasta tal grado las fuerzas y facultades de la razon humana, que la consideraban totalmente oscurecida y estinguida por el pecado de origen. De ahí aquel desenfreno sañudo del discípulo del diablo contra los doctores escolásticos, contra las academias católicas, contra toda filosofía, á la que miraba como enemiga de la fe. De ahí aquella guerra que declararon á la razon, un Daniel Hoffman, que llamaba á la filosofía «obra de la carne,» y sostenía que lo que es verdadero en filosofía es falso en teología; un Calvino, que se burlaba del libre albedrío como dogma filosófico, y no se detenía en admitirlo como teológico; un Kemnicio, que enseñaba públicamente no debíamos cuidarnos de incurrir en los absurdos filosóficos, con tal que defendiésemos los dogmas de la fe. Si seguimos al protestantismo en la rápida carrera de sus progresos, hallaremos sus consecuencias naturales: la volubilidad, la in-

constancia, la mas cínica é impudente contradiccion. Los mismos que antes, por enaltecer la fe y pretender que todo se sometiera á su imperio, destruyeron la razon natural, y la redujeron casi á la nada, ahora no se avergüenzan de su propia contradiccion, ensalzando esa misma razon hasta proclamarla el juez único, supremo é infalible en las materias de fe, y de hacer su apoteosis negando y destruyendo totalmente la revelacion.

El padre de la Reforma, ese mismo Lutero, que con furor satánico se declaró contra la filosofía y la razon, no admitiendo otra regla de la verdad que la fe, despues lanzó ese grito, repetido á coro por todos los incrédulos que á sí mismos se han dado el nombre de filósofos: «si se admite la fe, terminó el imperio de la razon, desaparecieron sus sagrados é incontestables derechos.» Ese mismo Lutero, el mayor enemigo del hombre, puesto que le despojó de una propiedad esencial proclamando en principio la aniquilacion de la razon, sin cuidarse de la nota de inconsecuente que pudiera echársele en cara, coloca en una misma linea de igualdad la fe divina y la razon natural, pone en pugna á la fe y la ciencia, en oposicion á la teología con la filosofía, y no se detiene tampoco en admitir como inconcuso, que una asercion puede ser verdadera segun la

fe teológica, y falsa segun la razon filosófica. A nadie debe sorprender tan descarada inconsecuencia: lo sorprendente sería que no se contradijese á sí misma la iniquidad. Un hombre que en el principio de su carrera heretical apela al juicio del Sumo Pontífice Leon X, para que «mate, vivifique, llame, revoque, apruebe y repruebe del modo que guste, » porque siempre reconocerá en su voz la de Jesu- » cristo, que en él preside y por él habla; » un hombre que, con espresiones las mas sumisas y respetuosas, reconoce el principio fundamental del Catolicismo, la autoridad de la Iglesia, y despues, porque esta misma Iglesia condena como heréticas sus doctrinas, y le separa de su cuerpo como miembro infecto y corrompido, henchido de un orgullo diabólico, va demoliendo todos los fundamentos del Catolicismo, trunca las Escrituras Santas, desecha á su arbitrio algunos de sus libros, niega la tradicion, desprecia la autoridad de los Padres, se burla de la Iglesia, y se desencadena en las mas groseras injurias contra el Soberano Pontífice, ¿no procedia con la misma sinceridad y buena fe de los Fariseos, cuando decian á Jesucristo: «Maestro, sabemos que sois un hombre veraz, que enseñais con verdad el camino de Dios? ¿Qué tiene de extraño que primero ensalzase la fe y aniquilase la razon, y despues

enalteciere la razon natural y desechase la fe como enemiga y contraria á la razon humana?

Estamos, Excmo. é Ilmo. Señor, en el punto de la cuestion. Los modernos incrédulos, los nuevos filósofos, raza legitima del protestantismo, y restauradores de los delirios y absurdos del antiguo gnosticismo y maniqueismo, todos unánimes se coaligan contra el Señor y contra su Cristo para sacudir el yugo de la fe, hacerla descender de su pedestal, y declararla una guerra sin treguas, como al adversario de la razon, cuya luz natural se propone estinguir; como á una de las rémoras y de los obstáculos mas grandes para su desarrollo progresivo y científico. Así lo proclaman á voz en cuello esos sabios orgullosos, presumidos de sí mismos, y engreidos con sus modernas invenciones y sus progresos materiales; así lo publican por el eco de tantas trompetas cuantas son las obras que hacen sudar las prensas. Mas su testimonio no es indefectible, ni tan verdadero como ellos se figuran: no, estamos ya muy acostumbrados á sus alharacas y palabras tan pomposas como huecas; á su infatigable empeño en hacer admitamos como verdadero lo que no es sino muy falso; como tesis, lo que no puede pasar de una simple hipótesis; como oro fino, lo que no es mas que oropel. No basta asegurar en

ese tono magistral y dogmático, característico de la incredulidad, la discordia entre la revelacion y la razon, é imputar á la fe el crimen horrendo de extinguir la luz natural, y de ser un contrasentido de la razon, y á la Iglesia la nota injuriosa de oscurantismo. No; es necesario pesarlo en la balanza de un buen criterio y de un juicio recto; y pues que tanto ensalzan la razon, y la quieren constituir el tribunal supremo que debe decidir entre lo verdadero y lo falso, apelemos á este tribunal.

Dos son los cargos y acusaciones que los filósofos, los protestantes y los racionalistas hacen á la fe: 1.º que sofoca y estingue las luces de la razon natural, y contraría lo que esta dicta y por sí sola puede conocer; 2.º que se opone al progreso de la razon, la cual, bajo el férreo yugo de la fe, no puede desarrollarse en toda su expansion ni llegar á toda su perfeccion. La fe, dicen, exige crea sin vacilar, sin examen, sin criterio, lo que ella propone; pide un asentimiento ciego, sin tratar de investigar si lo que debe creer es verdadero ó falso. ¿Y hay nada mas irracional, mas injusto, mas tiránico que inferir semejante violencia á la razon; que obligarla á prestar su asenso á proposiciones que rechaza con indignacion como repugnantes á sus luces y á sus principios? No se envanezcan los incrédulos con

la invencion de esta acusacion: ya antes que ellos la habia hecho al P. S. Agustin, Fausto el maniqueo. Como el protestantismo y su digna prole el filosofismo y el racionalismo, no son otra cosa que la negacion de toda verdad y la absorcion ó el conjunto de todas las anteriores herejías, ni aun siquiera tienen el triste privilegio de la novedad de sus objeciones contra la fe: todas se encuentran aducidas ya por los antiguos herejes, y todas pulverizadas por los Doctores católicos.

Nada mas falso, nada mas calumnioso que imputar á la fe la exigencia de ese asentimiento ciego, sin examen ni criterio. Nos manda, sí, cautivar nuestro entendimiento en su obsequio; pero quiere que este obsequio sea racional. Una sumision ciega é imprudente, lejos de honrar á Dios, seria indigna de él; no haria tampoco mucho honor al hombre, como que no corresponderia á la dignidad de un sér dotado de inteligencia. El hombre no puede prestar tal asenso, si no sabe con toda certidumbre cuáles son las verdades reveladas por Dios que debe creer. Sin este conocimiento cierto, con la mayor facilidad podria incurrir en uno ú otro de dos extremos opuestos: ó el de creer como verdad revelada por Dios lo que es una mera invencion humana, ó por el contrario, el desechar como invencion del hom-

bre lo que real y verdaderamente es revelacion divina. Dos errores á cual mas graves, que adulterarian la verdad revelada, y facilmente le inducirian á no creer nada. La misma fe quiere que el hombre evite esos dos errores, y que su razon entienda lo que ha de creer, y vea por qué ha de creer. «No creyera el hombre, dice Santo Tomás, si no viera lo que ha de creer.» Si la razon, pues, ha de entender lo que y por qué ha de creer, es indispensable un medio, un criterio seguro dado por Dios, por el cual pueda conocer con entera certidumbre, y sin peligro de equivocarse, lo que debe creer.

Pues bien, este medio proporcionado por Dios para conocer sus verdades reveladas, está al alcance de la razon, puede y debe conocerlo la razon. Dios ha querido hacer, no la esencia de las verdades reveladas sino su revelacion, evidentemente creible; y para que pudiera ser conocida con toda seguridad, y nunca confundida con la palabra del hombre, la ha circundado de luces tan esplendentes, de argumentos y testimonios tales, que usando los hombres de una sana y recta razon, facilmente pueden conocer que es revelacion de Dios, y una vez conocida como tal, deben creerla sin vacilar. Sin estos testimonios y credenciales claros, ciertos y evidentes, que se llaman motivos de credibilidad,

¿quién estaria obligado á reconocer como divina una revelacion? ¿Con qué derecho se imputaria á nadie como un crimen su disentimiento? Para que la mision de Moisés fuese recibida como divina, fue acompañada de aquellos portentos que asombraron al Egipto. El mismo Jesucristo comprobó la divinidad de la suya con obras tan extraordinarias, que remitia á ellas á los que no querian creer en su palabra, porque ellas eran el mejor testimonio de su divinidad. Espresamente dijo que jamás podria imputarse á los judíos como un crimen su incredulidad, si no hubiera hecho tantos prodigios. ¿Dónde está, pues, aquí ese asentimiento ciego, sin examen ni criterio, que, segun los modernos filósofos, exige del hombre la revelacion? ¿Dónde esa presion violenta y tiránica de la fe sobre la razon? Esta puede conocer por sus luces las verdades del orden de la naturaleza, y las mas veces con un conocimiento pleno y perfecto. Y los motivos de credibilidad, esos argumentos y testimonios con que Dios ha querido afianzar la revelacion, y que son el medio para conocer y discernir si es divina, ¿no son verdades de hecho, de las cuales unas pertenecen al dominio de los sentidos y de la esperiencia, otras se fundan en el testimonio indubitable de la autoridad humana, y otras en principios lógicos y metafísicos que legitimamente

se aplican á verdades de hecho? Luego si la fe misma quiere que la razon examine y conozca los motivos que hacen creible la verdad revelada, y estos motivos se presentan á la razon tan claros, tan ciertos, y tan evidentes, que razonablemente la inducen á creer y abrazar aquella verdad, ¿con qué derecho puede presentarse á la fe como enemiga de la razon, cuyos fue-ros se dice que destruye, y cuyas luces se asegura que estingue?

Con el mismo con que se pretende sostener que enseña cosas contrarias á la razon natural, y que una cosa puede ser verdadera segun la fe y falsa segun la razon, ó falsa en teología, verdadera en filosofía. Absurdo, absolutamente insostenible: esto sería tanto como presentar á Dios, que es la verdad por esencia, contradiciéndose á sí mismo, y enseñándonos cosas contrarias por diversos medios. La razon y la revelacion no reconocen ni tienen otro origen ni otro autor que al mismo Dios; Dios es el que nos enseña los principios y verdades que conocemos cierta y evidentemente por las solas y claras luces de la razon natural; Dios es el que nos enseña los principios y verdades que se nos proponen por la revelacion evidentemente creibles. ¿Cómo es posible que Dios, la misma verdad, por la fe nos revele cosas que rechace la razon, la sana y recta razon, como contrarias á sus luces naturales?

Oigamos cómo raciocina Santo Tomás, tan sublime teólogo como profundo filósofo: «Las cosas que nos son naturalmente conocidas, nos consta son tan verdaderas, que ni aun imaginar es posible sean falsas; y las que sabemos por la fe están tan evidentemente confirmadas por Dios, que no se pueden mirar como falsas, sino creerlas verdaderas. Y como solo lo que es falso puede ser contrario á lo que es verdadero, es imposible que una verdad de fe sea contraria á aquellos principios que la razon conoce naturalmente.» Acaso estas palabras del Angélico Doctor motivaron la definicion del Concilio V de Letrán, para declarar como falsa toda proposicion filosófica contraria á una verdad de fe. Podrá notarse alguna discordia ó antilogia entre las verdades del orden natural y las del sobrenatural, mas solo será aparente, no real. Cuantos argumentos se presenten contra los dogmas de fe, segun el mismo Santo Tomás, no proceden segun los principios de una recta lógica, ni pueden probar demostrativamente; son solo razones, ó probables ó sofisticas, á las que siempre se puede dar una solucion razonable: porque así como las verdades de fe no pueden probarse con razones necesarias y concluyentes, en cuanto esceden la razon de los hombres y de los ángeles, así tampoco se las puede impugnar y combatir con razones del mismo género.

porque son verdaderas, y la verdad es metafísicamente imposible sea contraria á la verdad. Nunca, pues, puede haber contradiccion alguna entre lo que conocemos por la luz de la razon y lo que sabemos por la de la revelacion; ni hay jamás motivo alguno racional para negar con tenaz obstinacion lo que la fe nos enseña, porque no podemos conciliarlo con nuestra razon. Debe examinarse con cuidado si es ó no verdad que Dios ha hablado: esto es de la competencia de la razon; lo puede investigar; la fe no se lo prohíbe, antes bien se lo exige, para que su asentimiento sea prudente y racional; y por esta parte no destruye ni estingue la razon. Una vez reconocido el hecho de la revelacion, la misma razon nos dice que es preciso creer, y someternos á Dios que ha hablado, y que, sin contradecirse, no puede enseñarnos una cosa por la razon y la contraria por la revelacion; y por esta parte tampoco la fe es contraria á la razon, con lo que queda disipada la primera acusacion.

Veamos ahora si es mas justa y mas fundada la segunda, que imputa á la revelacion sobrenatural el oponerse al desarrollo progresivo y científico de la razon natural, é impone á la Iglesia la nota de oscurantismo, porque con el yugo de autoridad impide su expansion y perfeccion, y sirve de rémora al progreso, á las ciencias y á las artes. Tambien aquí con-

viene aclarar y precisar la inteligencia de los términos. Si por desarrollo y progreso de la razón se ha de entender esa osada temeridad en medir la altura y la profundidad de las verdades sobrenaturales con la vara de nuestra débil razón, en desechar los dogmas revelados porque no puede comprenderlos la razón, y en combatir para destruirlo el altar sagrado, el depósito de los misterios de la fe, con razones tomadas de las ciencias y de las artes, indudablemente la Iglesia es el centro del oscurantismo, y será siempre la mayor rémora, un obstáculo insuperable para semejante progreso; porque si le fomentase en lugar de contenerlo, sería infiel al cometido que el mismo Dios la confiara de ser la depositaria de las verdades reveladas, de conservarlas y de transmitir las íntegras y puras á todos los siglos. ¿Pues qué se quiere exigir de la Iglesia? Por no oponerse á ese pretendido progreso, ¿se quisiera hubiese de haber aprobado los delirios de los gnósticos, los sueños de los maniqueos, las impiedades de Arrio, de Nestorio y de Eutiques, los sacrilegios de los waldenses y albigenses, la impudente osadía del protestantismo en admitir ó desechar según sus caprichos los dogmas católicos, los libros sagrados, y el sentido genuino de las Escrituras? Ah, esta censura hecha á la Iglesia, de oponerse á semejante progreso, que indudablemente derruiría

todo el edificio del catolicismo, sería tan justa como la que se hiciera á un propietario, que se opusiera á los rápidos progresos de un incendio voraz que amenazara destruir todas sus posesiones, ó á un Gobierno que tratara de impedir el desarrollo de unas máximas sediciosas que vendrían á destruirle. Si por desarrollo progresivo y científico se entiende esa tendencia, ese deseo natural de descubrimientos é invenciones de toda clase, de adelantar en la agricultura, en la industria, en las ciencias, en las artes, y en todos los ramos del saber, conservando intacto el depósito sagrado de la revelacion, jamás la Iglesia se ha opuesto á semejantes progresos, ni ha presentado nunca el mas ligero obstáculo.

Todo lo contrario, tan lejos de oponerse al desarrollo progresivo del entendimiento humano, su misma constitucion, su misma naturaleza lo promueven incomparablemente mas que esas mismas sectas, que tanto decantan los progresos de la razon. ¿Cómo es posible divorciar el desarrollo científico de la fe, que reconoce por autor á la fuente de la sabiduría, Dios, que quiso llamarse el Señor de las ciencias, y que exige de los labios de sus sacerdotes custodien la ciencia para comunicarla á los demás? Ese divorcio es mas bien el patrimonio de las sectas disidentes que de la Iglesia Católica, que siempre ha reconocido la

concordia mas íntima entre la fe y el progreso de las ciencias y de las artes, y por cuyo impulso y á cuya sombra se han desarrollado hasta una perfeccion admirable.

Este es un hecho que garantizan todos los siglos, y todos los pueblos iluminados por la refulgente antorcha de la revelacion. Citese una sola clase de conocimientos, entre los innumerables ramos del saber, que la fe católica no haya promovido. Ella ha tenido que establecerse y consolidarse entre los hombres, proponiéndoles sus dogmas y sus misterios; ella tiene que defenderse contra todos los que impugnan la verdad de esos mismos dogmas, valiéndose de las mismas armas que emplean sus adversarios. Estos han abusado de todos los ramos de la ciencia humana; por esto la fe, ó la Iglesia, que es su depositaria, ha tenido que usar tambien de los mismos para su defensa y vindicacion. Esas verdades que son como el preámbulo de la fe, la existencia de Dios, la Providencia, la inmortalidad del alma, la vida futura con sus castigos y recompensas, exigen nociones y principios de lógica, de ontologia, de psicología. Esos motivos que la hacen evidentemente creible, las profecías y su cumplimiento, los milagros, su propagacion y conservacion, sus mártires, la perpétua estabilidad de la Iglesia, su constitucion, sus notas, sus

propiedades, su cabeza visible, ¿qué campo tan anchuroso no abre todo esto á investigaciones históricas, críticas, filosóficas, físicas y cronológicas? Si ha de defenderse contra los ataques de sus enemigos, como estos la invaden por todas partes, tiene que encontrarse en todas para repeler sus asaltos, y no dejar ningun punto vulnerable y sin defensa. Ha atravesado magestuosa los siglos cual rio caudaloso; sigue todavia, y seguirá su curso inmutable hasta que des- emboque en el inmenso Océano, que es Dios, verdad eterna. A lo largo de este curso han salido, para impe- dirla el paso, espíritus novadores, que unas veces han impugnado la verdad misma de la revelacion, otras sus misterios como los mayores absurdos; ya la han presentado como rivales el paganismo, el mahome- tismo, las doctrinas orientales de la Persia, de la India, los antiguos monumentos del Egipto; ya, en fin, han atacado sus escrituras, todos sus dogmas uno tras otro, valiéndose de la historia, la crítica, la arqueología, la astronomía, las lenguas, las artes; en una palabra, de todos los ramos de la ciencia hu- mana.

¿Y qué ha hecho la Iglesia para defenderse y re- chazar tantos ataques? Ha escitado en todos tiempos, y promovido con todas sus fuerzas, el celo de hombres sabios, que por medio de la erudicion, y con los re-

cursos de la ciencia, repelieran uno por uno tan repetidos como variados asaltos. Sus escitaciones no fueron vanas; desde que tuvo enemigos que combatir hasta nuestros dias, han correspondido á ellas hombres célebres, y de una fama imperecedera. Los nombres ilustres de los Pantenos y Ammonios, de los Clementes y Origenes en los primeros siglos, de los Tomases de Aquino y Buenaventuras en los medios, de los Belarminos, Bossuet, Fenelon y Balmes en los últimos, están retando á cualquiera secta á que sostenga un parangon igual con el catolicismo. No se puede negar sin la mas negra ingratitud, que á la actividad de la Iglesia Católica es debida la conservacion del fuego sagrado de la ciencia, que por momentos se iba estinguendo cuando la irrupcion de los bárbaros del Norte sorprendió al mundo; á ella sola se debe la conservacion de la ciencia de la antigüedad; á sola la paciencia inconcebible de sus monjes se debe la conservacion de los manuscritos griegos y latinos de los Autores Clásicos antiguos. Esas obras que despues multiplicó la imprenta casi hasta lo infinito, ¿dónde se encontraron sino en las bibliotecas de las Ordenes Religiosas? Lo mismo puede decirse de las artes, y de todos los ramos del saber humano. Como la Iglesia es un sol que en su incesante carrera no deja de alumbrar los dos hemisferios, hace culti-

var todas las lenguas modernas para entrar en relacion con las naciones mas remotas, y estender sus luces hasta los mas desiertos arenales por medio de sus misioneros. Su misma perpetuidad la hace estimular á sus hijos al estudio de las lenguas antiguas, en que se encuentran los preciosos documentos de la Tradicion. La magestad de su culto, ¿cuánto ha contribuido á fomentar las buenas artes, la arquitectura, la escultura, la pintura, la música y la poesía sagrada? ¡Ah! mientras la Iglesia subsista, y subsistirá hasta la consumacion de los siglos, será siempre un manantial inagotable, una rica y abundante mina de sabiduría, un poderoso estímulo para promover todos los ramos de la ciencia y del arte.

¿Habrà, pues, valor, Excmo. é Ilmo. Señor, para arrojar en cara á la Iglesia la nota de oscurantismo, de contener con su yugo de autoridad los progresos científicos de la razon? ¿De acusarla de inercia, de indolencia y de ignorancia en la época de la reforma? ¿Si se pretenderá con semejantes calumnias atribuir al protestantismo nuestros adelantos y nuestro progreso? No, mil veces no, diremos los católicos, y levantaremos muy alto nuestra voz para rechazar tan injustas é injuriosas acusaciones. Mucho antes que Lutero hiciera resonar el funesto nombre de reforma protestante, se habia dado ya el impulso, y toda Europa daba se-

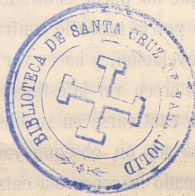
ñales extraordinarias de vida. En Alemania Guttemberg, Fust, Schœfer, con la imprenta que acababan de inventar, reproducían los códices, los pergaminos que Erasmo sacaba de entre el polvo de las bibliotecas. En Italia se leían el poema de Alighieri, el cancionero de Petrarca, las crónicas de Villani, las obras de Boccaccio. En el siglo de León X, tan proverbial como el de Augusto, un Miguel Ángel elevaba muy alto la escultura, el Bramante la arquitectura, un Rafael y Julio Romano la pintura, un Ángel Policiano y Sadoletto la literatura griega, un Bembo y un Flaminio la lengua latina, un Pagnini trabajaba su tesoro de la lengua hebrea. En Portugal Vasco de Gama descubría un nuevo derrotero para la India. En nuestra España Cristóbal Colón enriquecía el mundo con sus descubrimientos, florecía el comercio, se hacían nuevas conquistas, se erigían templos como el Escorial, se daban combates como el de Lepanto, se emprendía la poliglota Complutense, se contaban entre los políticos los Cisneros, entre los sabios y escritores un Soto, un Cano, Maldonado, Salmerón, Láinez, los Luises de Granada y de León, Vives y de Molina, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, Cervantes, Mariana, Ávila, Solís, Lope de Vega, los Argensolas, Góngora, y otros innumerables. De manera que ya hubiese aparecido ó no el protestantismo, el impulso estaba

ya dado, y todas las ciencias, cuyos gérmenes se habian arrojado siglos antes, hubieran progresado del mismo modo. No tienen los protestantes por qué envanecerse tanto de sus conocimientos en las lenguas orientales, de sus gramáticas, sus lexicones, sus políglotas, y de otras artes. Siempre se cultivaron en la Iglesia Católica estas lenguas, en las que descollaron un Hugo de San Caro, un Pico de la Mirándula, el Dominicano Agustin Justiniano, que presentó el Salterio en ocho lenguas. El Franciscano Jimenez de Cisneros mandó formar la políglota de Alcalá; un Clemente V, un Leon X, un Gregorio XIII, un Paulo V, un Clemente XI, fomentaron con sus decretos estos estudios. Lo mismo puede decirse de los de otras ciencias y artes, promovidos por los Soberanos Pontífices, de que dan testimonio las mas ilustres Universidades de Europa, las riquisimas Bibliotecas de Roma, especialmente la del Vaticano, las Academias para toda clase de estudios, tantos Museos como el Pio-Clementino, el del inmortal Gregorio XVI, tantas pinturas, tantos y tan ricos monetarios, tantos monumentos.....

Conozco, Excmo. é Ilmo. Señor, que me dilato demasiado, y estoy abusando de su bondad, y ofendiendo su vasta y profunda erudicion; pero el asunto no permitia se le circunscribiese á un discurso de pequeñas

dimensiones. No tengo la aspiracion de haber desempeñado el compromiso contraido en el principio, tan satisfactoriamente como merecian una materia tan interesante, y un auditorio por tantos títulos respetable; pero al menos lo he procurado del mejor modo que me ha sido posible. He rechazado primeramente la horrible injuria que se quiere inferir á la palabra de Dios revelada, poniéndola en contradiccion con lo que nos enseña la razon natural, sin mas que presentar á ambas como procedentes de un mismo origen, que es Dios, verdad esencial, que no puede contradecirse á sí mismo, enseñándonos por la razon lo contrario de lo que nos dice por la revelacion, y hacer ver la falsedad de los que en la fe creen ver la estincion de la razon porque la obliga á cautivarse en su obsequio, como si este no debiera ser un obsequio racional. Despues de haber esplanado la concordia entre la fe y la razon, he vindicado á aquella de la calumnia que se la quiere imputar, de oponerse al desarrollo de esta, defendiendo, como era consiguiente, á la Iglesia Católica contra los que tan injustamente la censuran con la nota de oscurantismo, ó de oponerse con el yugo de autoridad á los progresos de las ciencias y de las artes, sin mas que patentizar hechos que no dejan la menor duda de que tan lejos están la fe, y su depositaria la Iglesia, de oponerse á los adelantos

naturales, que por el contrario ambas, por su misma naturaleza, por sus mismas propiedades, por su misma conservacion y defensa, han contribuido á fomentarlos y perfeccionarlos, como pueden deponer todos los ramos del saber humano; deduciendo de todo por una ilacion lógica y rigurosa, que «la revelacion divina y positiva no es un contrasentido de la razon natural, ni se opone á su desarrollo progresivo y científico.» HE DICHO.



UVA. BHSC. LEG.05-1 n°0351